

LA NOVELA

4

ARS

ARTS

METRO - GOLDWYN

CORPORATION

En su sugar.... descanse

Claire Windsor
Conrad Nagel

25
CTS

SEDGWICK, Edgar

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. 4 METRO-GOLDWYN-MAYER 25
:: y FIRST NATIONAL :: Cénts

Ediciones BISTAGNE. - Via Layetana, 12. - Barcelona



En su lugar... descansen

(TIN HATS, 1926)

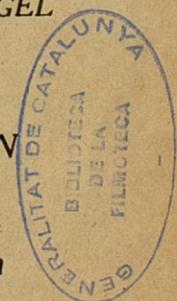
Comedia interpretada por
CLAIRE WINDSOR y CONRAD NAGEL
entre otros notables artistas.

Foto.: BEN. F. REYNOLDS

Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation



Mallorca 220.—BARCELONA

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

En su lugar... descansen

Argumento de la película

Casi todas las guerras estallan en primavera, lo cual prueba que los hombres con el buen tiempo se sienten más béticos.

Retrocedamos a 1918 cuando la gran guerra mundial seguía devorando al mundo y los Estados Unidos aportaban a los campos de batalla sus ejércitos intactos.

En uno de los transportes militares se dirigía a Francia una expedición de tropas norteamericanas. Los soldados, alegres y optimistas, procuraban pasar del mejor modo posible los largos días de navegación.

De la misma compañía formaban parte tres inseparables amigos: José Beson, ex dependiente de un almacén de modas, que sabía mucho de letra menuda; Grosby, alias "El Pato", un muchacho extremadamente gordo que había ingresado en el batallón con ánimo de convertirse en héroe, y "El Zurdo", Monroy, un joven más listo que "El Pato" y que deseaba hallarse cuanto antes en el frente.

Los tres soldados sostenían frecuentes disputas al ocupar por las noches sus literas. Pero el sargento Juan Marcial, un hombre áspero y rudo, imponía la paz con su violenta autoridad.

Algunos días más tarde, cuando ya el aburrimiento del mar les invadía, llegaron a un puerto francés.

Los camiones en larga hilera les esperaban para conducirles al frente.

Los verdes campos de Francia se aparecían ante los soldados yanquis. Pero había llovido mucho y la tierra era húmeda y formaba charcos enormes.

Los tres amigos ocuparon el mismo camión y en uno de los frecuentes virajes el soldado Beson fué despedido, cayendo en un charco y quedando ennegrecido por el barro.

Los compañeros se echaron a reir con la camaradería burlona de la vida militar.

Beson volvió a subir al camión, mientras gritaba indignado:

—¡No hay derecho a mofarse de uno, después de pasar... el charco... y las de Caín!...

Pero durante todo el viajecito le zumbaron los oídos las irónicas burlas.

Unas horas después llegaban a las trincheras y ocupaban un puesto en aquellas fosas abiertas en la tierra.

Durante algunos días se luchó estérilmente con disparos aislados, con pequeños ataques sin ninguna trascendencia.

En las trincheras, la hora menos peligrosa era la del amanecer: de las 4 y 55 a las 5 menos 5 en punto.

En aquel brevísimo interregno, cierta vez Grosby "El Pato", conocido así por sus torpes movimientos, leía una carta de América.

Espero que ganes muchas condecoraciones para mí. Tú eres un valiente y harás proezas para merecerlas. Con todo mi amor,
P. S. Sin condecoraciones no cuentes con Lina.

Lina.

Apretó aquella esquelita contra su corazón y pensando en su futuro heroísmo dijo a sus amigos:

—Cuando yo entre en combate, voy a dejar a veinte enemigos por lo menos con la piel hecha una criba. Y al acabar la guerra, Lina no va a conocerme de lo jorobado que me tendrá el peso de las condecoraciones.

Iban sus compañeros a responderle con alguna de sus acostumbradas burlas cuando escuchóse un vocero fenomenal, extraño.

Creyendo que los alemanes atacaban se dispusieron a defender cara su vida, pero en aquel momento llegaron hasta ellos unas palabras:

—¡Se ha firmado el armisticio! ¡La guerra ha terminado!

Una indescriptible alegría se apoderó de todos los soldados. Tiraban al aire cascos y fusiles con un afán de desprenderse de todos aquellos objetos que les hablaban de la existencia dolorosa de la guerra. Y allá enfrente, a pocos metros de distancia, otra línea de hombres hundida en la tierra cantaba en su lengua, con la misma emoción, el júbilo de la paz.

"El Pato" quedó desalentado... ¡Adiós, ensueños de guerreros! Y tendría que volver a su tierra de comestibles de Chicago convertido en un ser vulgar...

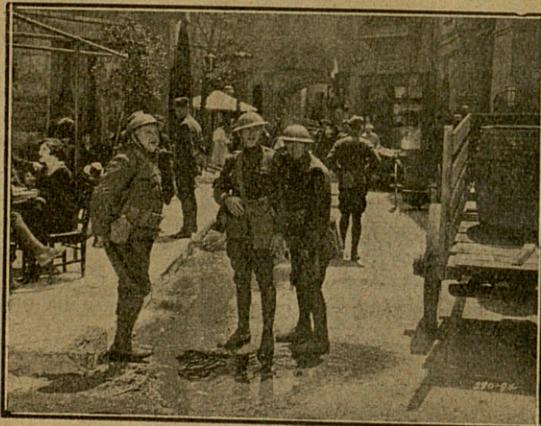
Llegó la paz y con ella, para el ejército en pie, la oportunidad de sentarse. Se abandonaron las fangosas trincheras y los soldados americanos pasearon su

aburrimiento por las poblaciones lindantes con la antigua línea de fuego.

"El Pato" no se separaba de sus dos amigos "El Zurdo" y Beson. Una idea le preocupaba:

—¿Y ahora de dónde saco yo condecoraciones para Lina?

—Y qué bien las necesitas, porque con una cara como esa... — le dijo Beson.



... los soldados americanos pasearon su aburrimiento...

De pronto vió brillar un disco en el suelo. Se agachó rápidamente no sin que le saliera al paso "El Zurdo" y los dos hombres comenzaran a disputar la posesión del objeto hallado.

—Es una condecoración y me la quedo... — gritaba "El Pato".

—Calma — dijo Beson que imponía siempre su autoridad —. Veamos qué es eso.

Se echó a reír al tener la chapa entre sus dedos. Era un circulito de metal con esta inscripción: "Encurtidos".

—Bonita medalla — dijo riendo —. Mándasela a Lina, dile que la ganaste por tu heroísmo... Es de la gloria... en conserva.

Enfurecido "El Pato" tiró la chapa y continuó preocupado su camino.

Al día siguiente encontró una solución a su deseo de gloria. Cierto camarada, premiado con numerosas cruces y medallas, un verdadero héroe, prestaría sus condecoraciones a "El Pato" para que se hiciera retratar con ellas, consiguiendo de este modo que la orgullosa Lina le creyese un valiente.

Al día siguiente se encaminaron los tres amigos hacia una barraca de feria donde un fotógrafo retrataba por poco precio.

Beson regateó el importe del retrato y aunque el industrial quería abusar, pensando que los americanos eran gente rica, finalmente se conformó con lo que le ofrecían los bravos de la otra parte del Atlántico.

"El Pato" se colocó ante el objetivo. Para mantenerle derecha la cabeza el fotógrafo se la ajustó por el cuello con un hierro sujetador.

Sonriendo grotescamente, con el pecho palpitante, "El Pato" inició una sonrisa inocente, y el fotógrafo le retrató...

—Muy bien — le dijo éste —; voy un instante al laboratorio y le entregaré la fotografía...

Los tres soldados quedaron esperando. Pero "El

Pato" quiso librarse del sujetador. A pesar de los esfuerzos que realizaron sus amigos para quitarle el dogal, no consiguieron hacerlo.

—¿Acabaréis de una vez?... ¡Estoy perdiendo el sentido!...

—Para la falta que te hace...

—Tened compasión. Sacadme esos hierros...



Beson regateó el importe del retrato...

Beson y "El Zurdo" apretaban con toda su alma, tiraban furiosamente del aparato pero nada podían conseguir. "El Pato" tendría que resignarse a permanecer con aquella argolla hasta que volviese el retratista.

—Me ahogo... me ahogo — decía "El Pato".

—¿No es esto una cabeza de alcornoque?... — advirtió Beson. — Tal vez un sacacorchos.

Pero... el pobrecito "Pato" se ahogaba...

Llegaron unos soldados franceses que quisieron liberar al americano del estrecho dogal... ¡Inútil esfuerzo!

Desesperaban ya todos de poder libertar al infeliz americano del dogal cuando volvió el fotógrafo y solucionó el problema. ¿Por qué no esperaban? ¿A qué tantas impaciencias? Y mediante una llave aflojó el resorte del aparato y "El Pato" se vió libre de él.

El retratista les entregó las fotografías, y los tres soldados, como nada tenían que hacer, decidieron volver al campamento para continuar haciendo el mismo trabajo.



Cuando llegaron al lugar donde antes estaba instalado su batallón, sufrieron una desagradable sorpresa.

Todo había desaparecido y reinaba en el campo el silencio del desierto.

—¡Caracoles! — exclamó Beson asombrado —. A nuestro batallón se lo ha tragado la tierra.

—¿Dónde están nuestros compañeros?

No se veía ni rastro. En vano dirigieron la vista por el dilatado horizonte... Ni un indicio.

—¡Nos han abandonado! ¡Estamos solos! — gritó "El Zurdo".

En medio del campo flotaba únicamente una lona blanca y bajo ella, sobre una piedra hallaron un papel con estas líneas escritas por sus compañeros:

"Corran a alcanzarnos. El sargento está que echa chispas."

Pepe

P. S. No sé a dónde nos dirigimos.

—No podemos perder tiempo — gritó Beson—. Si no logramos llegar hasta ellos nos considerarán desertores... ¿Por qué nos entretuvimos tanto?

Anduvieron unos momentos desorientados y de pronto viendo unas bicicletas, propiedad de unos muchachos, montaron en ellas y comenzaron a correr camino adelante.

Iban por la carretera, el único camino que veían, creyendo alcanzar cuanto antes al batallón...

Corrían rápidamente, extrañados de no ver aún los uniformes de los soldados americanos, y en su ignorancia del país no sabían que a cada paso se alejaban más de su pista.

Habían equivocado el camino y en vez de internarse hacia la tierra francesa atravesaban la frontera alemana y entraban en país enemigo.

Los caminos, la arboleda y el terreno eran tan parecidos a los de la nación vecina, que fácilmente podían confundirse.

Vieron unas garitas en las que se asomaron unos uniformes grises que parecían de alemanes, pero ellos siguieron su camino con la rapidez del miedo.

Pasaron ante unas piedras que señalaban el límite de la frontera; estaban ya en tierra alemana. Y los tres soldados seguían corriendo esperando hallar a los compañeros de su tierra.

Pero, al cabo de media hora de correr, sin hallar a alma alguna por los caminos, tuvieron que reconocer su fracaso.

—¿Dónde estamos? — dijo “El Pato”—. ¿Qué va a ser de nosotros? Tú tienes la culpa, Beson. Si no hubiera sido por las bicicletas no estaríamos aquí...

—¿Por qué la tomas conmigo? Si tú no hubieras querido retratarte...

Mientras discutían pasó cerca de ellos un automóvil a toda velocidad y les salpicó de barro.

El coche embarrancó en el fango y tuvo que parar. Enfurecido Beson por el baño que había recibido corrió al encuentro del vehículo con aire amenazador.

Su indignación cesó rápidamente al ver en el interior del coche a una hermosa rubia, una encantadora mujer de finas facciones.

Ella, sin darle tiempo a preguntar, le dijo en inglés:

—*¿American Soldat?*

Al oír que hablaban en su lengua Beson creyó hollar ante una compatriota.

—Sí soy americano, señorita, como usted...

Habían llegado “El Zurdo” y “El Pato” que miraban torvamente el coche.

—Yo soy alemana — dijo sencillamente la mujer.

Beson, sorprendido por la belleza dorada de la joven, le contestó:

—¡Quiá, usted no me engaña a mí! Las alemanas por lo regular no hablan inglés como usted.

—Le dije que era alemana y vuelvo a repetírselo — respondió la joven.

“El Pato” habló en lengua alemana a la desconocida. Y ésta le contestó en el mismo idioma, con la soltura de la costumbre.

—Tú hablas alemán? — dijo Beson a “El Pato”. — Lo entiendes?

—Como un maestro. Mi mamá también era alemana. Por eso uso dos lenguas.

—¿Qué es lo que te dice?

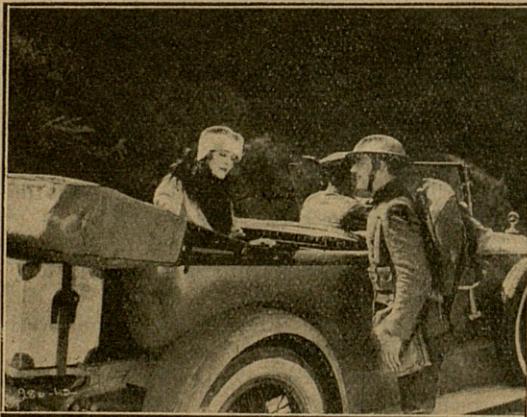
—Pues dice que los americanos no le son simpáticos... y menos tú.

Beson sonrió a su enemiga como si quisiera hacer-

le olvidar su odio. Al fin y al cabo había sido ya proclamada la paz. ¿Por qué combatirse?

—Vosotros seguid marchando — dijo a sus compañeros —, subid a un árbol y a ver si descubrís por donde va el batallón.

—¿Y tú qué harás mientras tanto? — preguntó "El Zurdo".



—Yo soy alemana...

—Iré hasta la primera revuelta del camino.

Los dos amigos se alejaron refunfuñando... Diablo, ¿qué le ocurría a Beson? ¿Por qué tenía tantos deseos de hablar con la teutona?

Pero obligados por la autoridad que les imponía Beson subieron a un árbol cercano y comenzaron a otear el horizonte.

Y ya libre de los dos indiscretos camaradas, mien-

tras el chofer reparaba el auto, Beson trabó de nuevo conversación con la rubia, en idioma inglés.

—A mí me gustan mucho las alemanas como usted...

Ella rió dejando ver el brillante marfil de sus dientes.

—Pues a mí no me satisfacen los americanos — respondió la dama, también en inglés.

—¿Y yo, no puedo ser... una excepción?

Ella negaba con su adorable cabecita hecha de luz.

—Nosotros reconocemos que Wagner y Beethoven fueron dos grandes músicos — dijo el soldadito yanqui, con el ánimo de congraciarse con la alemana.

—El mundo le debe a Alemania la mejor música — respondió la dama, orgullosa de poder ver superior en algo a su patria vencida.

—A mí me gustan las cosas alemanas... menos un queso que fabrican allí que huele a mil demonios.

—No quiero discutir, con usted — protestó la muchacha, impaciente, mientras el chofer tomaba ya asiento ante el volante, lista la reparación.

—Usted no come de ese queso, ¿verdad?

Ella le miró con desprecio y dijo al chofer:

—*Geh schnell...*

Y rápidamente el coche emprendió la marcha.

Allá en el árbol, los dos amigos seguían buscando inútilmente la pista del batallón.

Beson estaba interesado en conversar con aquella hermosa mujer cuya presencia allí le parecía inexplicable, y subiendo de un salto a su bicicleta corrió tras el auto logrando apoyarse en la capota.

Pero como el coche avanzase rápidamente, Beson perdió el equilibrio y cayó en tierra.

Al verle en tal situación, la dama ordenó que parase el automóvil.

—Qué... ¿se hizo usted mucho daño? — preguntó con dulce interés.

Y el soldado, mirándola tiernamente, respondió:

—No, gracias... no fué nada.

La dama incógnita pareció sentir deseos de marchar y Beson acercándose vió en un asiento algunas herramientas y sin que se apercibieran se apoderó de una llave.

Luego dirigiéndose a la alemana le dijo:

—Estimo su interés, señorita... ¿No le parece que ya vamos entendiéndonos mejor y que nos hemos perfeccionado en los respectivos idiomas?

Ella no respondió y haciendo una seña al chofer, el automóvil arrancó de nuevo.

Pero Beson, sin darse por vencido montando en la bicicleta corrió en su persecución, mientras "El Pato" y "El Zurdo" comentaban la actitud de su compañero.

—Este Pepin se nos enamoró de ella como un bendito, y... ¡adiós batallón!

Beson había logrado alcanzar el *auto* y daba grandes gritos:

—Eh, señor *Geh Schnell*, que perdieron esta llave del coche.

Y les mostraba la herramienta que a propósito había cogido.

El coche detuvo su marcha y Beson devolvió la llave al conductor. Y ahora la dama le dijo alegremente:

—Ha conseguido usted hacerme reír... y la cosa tiene gracia. *Geh schnell* no es el nombre del chofer; significa en alemán "Vé de prisa".

—Qué deseos tengo de aprender su idioma, señorita.

ta. ¿Cómo se dice en alemán "usted es muy linda"?

—Usted es cándido — respondió ella.

—No, señora; yo me llamó José... ¡Y qué simpática es usted y qué bien le sienta ese aire serio y formalito!

Ella, que parecía fatigada del tiempo que había perdido en el camino con ese soldado americano, ordenó al chofer marchara a toda velocidad. Y dejando a Beson con la palabra en la boca partió como una exhalación hacia la lejanía.

El enamorado yanqui quedó en medio del camino saboreando la visión de aquella alemana de oro. Sus camaradas se acercaron a él con aspecto de indignación. ¿Es que se había vuelto loco? ¡Conquistas a la hora en que les estarían buscando como desertores!

—Pues aquí se hará lo que yo mande, ¿entendéis? Y vamos a seguir detrás de ella — dijo con resolución.

—Pero... ¡tú estás loco! Y nuestro batallón... ¿qué?... Buenos nos va a poner el sargento... Y si nuestros jefes se enteran nos fusilan.

—Una mujer lo vale todo... ¡Adelante!

—¡Ah... tonto... mal amigo!

Beson montando en su bicicleta comenzó a correr por la carretera por donde la dama había desaparecido, y "El Pato" y "El Zurdo" le siguieron a regañadientes.

**

A pocos kilómetros de allí se hallaba el pueblo de Goblenz. Aquella tarde reinaba en él una animación extraordinaria.

Los buenos germanos catadores de cerveza leían un bando colocado en las calles:

De acuerdo con las condiciones del armisticio, esta localidad y su distrito será ocupada temporalmente por las tropas americanas.

Se previene a todos los habitantes, que cumplan las instrucciones dictadas a fin de recibir al Ejército de ocupación con el respeto debido.

El Gobernador de la Provincia

Las calles estaban invadidas por el gentío que esperaba atemorizado la llegada de las tropas adversarias... ¿Qué tal se portarían los yanquis? ¿Les harían sentir muy violentamente el yugo del vencedor?

Beson y sus camaradas, en persecución de la muchachía, habían llegado a Goblenz. Pero descendieron de sus bicicletas al ver al pueblo congregado para dejarles paso, y al contemplar el respeto con que todos los miraban.

—¡Los americanos! — dijo el alcalde de la población, una cabeza rubia sobre un cuerpo sembrado de bandas... Hay que tocar el himno nacional de los Estados Unidos.

Y una música civil esparció las primeras notas de la marcha norteamericana.

Beson y sus compañeros se miraron extrañados... Sólo una cosa comprendían. ¡Se encontraban en Alemania! Los letreros de las tiendas, las gentes, todo decía que por circunstancias fortuitas se hallaban en territorio extranjero. ¡Ah! habían equivocado el camino, entrando en país alemán.

El alcalde se adelantó hacia los tres soldados y

pronunció unas palabras que "El Pato", conocedor del alemán, recogió inmediatamente:

—Nos toman por el ejército de ocupación. Nos están haciendo los honores y el alcalde desea ponerse a tus órdenes — le dijo a Beson.

Este hizo una mueca de duda... ¿Qué partido seguir? Si confesaban que eran unos soldados extrañados, tal vez el remedio fuese peor... Mejor era seguir el equívoco, verse respetados, como el legal ejército de ocupación.

—¿Mi primera orden? — respondió Beson, que traía un hambre canina—. Huevos con jamón.

"El Pato" se apresuró a transmitir este deseo y el alcalde contestó con una bondadosa sonrisa. En el mesón les servirían una espléndida comida.

¡No parecían malos sujetos aquellos americanos! Y los habitantes de la ciudad, poco a poco, se sentían confiados ante el minúsculo ejército de ocupación.

Dirigíronse todos hacia un restorán antiguo donde la cerveza era lo más bello y típico que tenían... Cerca de allí, Beson vió en un balcón a la dama de sus pensamientos, a la hermosa mujer del automóvil.

¡Encantador! ¡Habita allí, podría verla! Y ya no le pareció ni mucho menos tan desesperada la situación...

"El Pato" y "El Zurdo" no las tenían todas con sigo. Pensaban en los juicios sumarísimos y en los fusilamientos... y sentían escalofríos...

En el restorán les sirvieron una comida espléndida en la que además de los yanquis tomaron parte el alcalde y cuantos tenían alguna representación en la pequeña ciudad.

Una camarera, una muchacha rubia y agradable,

pareció demostrar gran predilección por "El Zurdo". Puso ante él varios *boks* de cerveza, diciéndole:

—Anda, rico, que esto te refrescará...
Y pretendió acariciarle el rostro.

—A mí no me vengas con zalamerías, ¿eh?.. ¿sabes tú? — respondió "El Zurdo", que conocía también, aunque muy escasamente, el alemán.

La comida transcurría alegremente. "El Pato" llevaba enormes jarras de negra cerveza y Beson mos-



La comida transcurría alegremente.

traba una alegría indecible. Al fin y al cabo ellos personalmente no tenían ofensa ninguna contra los alemanes, y Beson pensaba en la muchacha rubia nacida en aquel país, en la preciosa viajera...

El alcalde y las autoridades de Goblenz se hallaban satisfechas de la exquisita cordialidad de los

americanos... Cuando pensaban ser víctimas de la tiranía de una ocupación dura y enérgica se encontraban con que apenas proclamado el armisticio, aquellos simpáticos hijos de América brindaban la amistad y un compañerismo cordial... ¡Esto era hacer honor a la paz..!

—¡Brindemos en honor del ejército de ocupación! —dijo el alcalde.

Y con rigidez germánica, por diez veces levantaron los vasos de cerveza en honor de los americanos. Estos contestaron en igual forma... ¡Vivían en el mejor de los mundos!

La camarera germánica se acercó a "El Zurdo" y le dijo:

—¿Nunca comiste *choucroute*?... ¡Verás qué buena está... sabe a gloria!

Y puso ante él con repentina simpatía un plato alemán que le supo a diablos a "El Zurdo", quien lo rechazó enfurecido.

—Usted trata de envenenarme... Vaya usted a freír espárragos...

Se levantó, indignado, contra aquella comida de gusto horrible. La camarera, una rubia y romántica muñeca, lloraba en un rincón por el fracaso de su exquisito plato.

Beson, que quería paz, obligó a "El Zurdo" a que fuera a pedirle perdón, y aunque el muchacho se negaba al principio, tuvo que acceder ante los requerimientos de su compañero.

Entre bromas y veras disputaron el yanqui y la alemana hasta que, como los dos eran jóvenes, acabaron riendo... y en su risa brotó la chispa de la simpatía y la simpatía encendió humo... fuego de amor.

Mientras ellos hablaban con la dificultad del idioma, el alcalde dijo a Beson y a "El Pato":

—Voy a presentarles a la señora de una familia muy importante de la población.

Los americanos se apresuraron a saludar a una viejecita pálida, que sonrió a los simpáticos muchachos, y al ver a "El Pato" le abrió los brazos con ademán nervioso:

—¡Fritz!

El yanqui se quedó viendo visiones.

—Señora... usted se equivoca probablemente... Yo no soy Fritz.

La viejecita, apartándose, murmuró tristemente:

—Es verdad... Pero usted se parece tanto a mi hijo Fritz que creí por un momento... ¿Cómo se llama usted?

—Grosby Bert — contestó "El Pato", tímidamente.

—¿Es usted hijo de Minna Krausmeyer?

—Sí... sí... señora!..

—¡Tú eres entonces mi sobrino! ¡Minna era mi hermana! Ella era de este mismo pueblo.

—¡Oh, tía... quién iba a pensar!... ¡qué gran sorpresa!

Y "El Pato" abrazaba lleno de emoción a la vieja hermana de su madre... Alemana... enemiga... No. Ahora estaba hecha la paz y todos debían quererse...

Beson y "El Zurdo" felicitaron igualmente a su compañero, y el alcalde le expresó la alegría de la población por resultar uno de los soldados, pariente de una dama tan importante en el pueblo como la señora Krausmeyer.

La vieja, llorando de alegría, había llamado a sus nietos, una familia alemana interminable, y presentaba a "El Pato" que se sentía ufano entre aquellos rubios y simpáticos chicos.

Beson vió que entraba en el restaurante la dama del coche... Corrió hacia ella con la alegría de poder hablar con ella. Pero la señora, altiva y severa, pasó de largo dirigiéndose hacia el alcalde.

—Necesito marchar a un cercano castillo — le dijo—; me visará usted mi pasaporte.

—Lo siento, baronesa — respondió el alcalde—, pero tiene usted que hacerlo visar por el comandante americano, para poder dirigirse al castillo Schwartzheimer.

La dama, enfurecida por tener que ir a solicitar una merced del soldado yanqui, se dirigió a él y le dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de visar mi pasaporte?

—De mil amores...

Beson le tomó el documento y vió en él el retrato de la baronesa.

—¡Lindísima! ¿Cómo se llama usted?

—Clara Schwartzheimer — respondió.

—Magnífico. Y bien. Es una gran amabilidad suya; lo conservaré siempre.

Y con la mayor tranquilidad arrancó el retrato de la muchacha y lo guardó en uno de sus bolsillos.

La baronesa estaba enfurecida. ¿Qué se proponía aquel soldado?

—¡Oh, no se enfade usted! — dijo Beson—. ¡Vayamos al jardín y estudiaremos su caso!

La baronesa se resignó, obligada por las circunstancias.

—Le aseguro a usted — dijo el americano — que me voy a llevar un buen recuerdo de esta ocupación... ¡Haber conocido a una muchacha tan encantadora! ¡Me voy a convertir desde ahora en defensor de Alemania!

—No mienta usted... y hágame el obsequio de visar mi pasaporte.

—Lo visaré... si contesta afirmativamente a mis preguntas.

—Creo que va a ser usted demasiado preguntón.

—Si no accede, no podrá irse al castillo.

—Bueno... me resigno... comandante...

El la miraba dulcemente, contemplando sus labios rojos, sus cabellos de oro que caían bajo el pequeño sombrero. ¡Preciosa mujer!

—Antes... dígame... ¿me tiene usted un poquito de simpatía? ¿Le inspiro algún interés?

—No — respondió ella secamente.

—¡Qué lástima! Entonces no hay pasaporte...

—¡Oh! no sea usted así... Tengo que marcharme al castillo.

—No quiero contrariarla. Firmaré con una condición...

—Dígame... — contestó ella entre indignada y sonriente por la simpatía del joven...

—Que una vez firmado se quite el sombrero.

—Capricho extraño. ¡Bueno!

Beson firmó y entregó el pasaporte a la muchacha. Y ésta se quitó el sombrero como le había prometido.

—Así... así — dijo el yanqui. — El sombrero me impedia ver sus ojos, contemplar su bonita cabellera. ¡Qué hermosa es usted... adorada!

Y sin que ella pudiese evitar la cogió por el talle y le besó suavemente los labios.

Luego, sonriente de aquel pago abusivo, se alejó de allí.

Clara quedó un momento en el jardín, asombrada, sintiendo aún en su boca el gusto de aquella caricia.

Y como las mujeres no aman la guerra sino el amor... sonrió llena de paz.

**

El castillo de Schwartzheimer estaba situado en los alrededores del pueblo. Aquella noche el castillo fué asaltado por los tres soldados.

Beson deseaba hablar de nuevo con la muchacha alemana. Y quieras o no, obligó a sus compañeros a seguirle en su expedición al castillo feudal, sombrío y de evocaciones fantasmales.

Llamaron repetidas veces ante el golpeador sin que nadie les abriera.

De pronto la puerta pareció abrirse por sí sola, mostrando a los ojos de los soldados, amplios interiores, salones severos y negros llenos de pano- plias, varguenños y armaduras. Un pebetero ardía en el fondo alzando al techo dorado las espirales de su azul.

—Entremos — dijo Beson.

“El Pato” intentó retroceder.

—Yo me tengo que marchar porque prometí a mis primos explicarles algo de la familia... y es muy tarde.

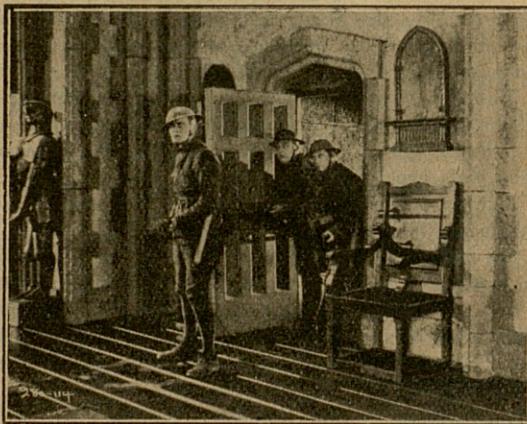
—Y yo prometí contarles cómo se cultiva la uva en terrenos áridos — agregó “El Zurdo”.

—De aquí no se marcha nadie... Tened preparadas las tarjetas de visita.

Sigilosamente, fusil en ristre, sereno Beson con la valentía del amor, y temblorosos sus amigos, fueron avanzando por las amplias estancias del castillo. A nadie se veía... pero parecía escucharse ruidos sos-

pechosos y cadenas que se arrastraban por el suelo, algunos muebles que corrían, produciendo un rumor misterioso.

Se movieron unas armaduras y tras un cuadro brillaron siniestramente unos ojos.



... fueron avanzando...

—Yo creo... que podríamos ya marcharnos — agregaba "El Pato" pálido como la muerte.

—Busquemos aún... quiero ver a la baronesa...

Pero ya dudaban de encontrarla cuando la vieron aparecer elegante y divina como nunca.

"El Pato" y "El Zurdo" dejaron caer sus fusiles ante la mujer. Y Beson, con el alma palpitante, se acercó a la hermosa.

—¿Qué ha venido a buscar aquí? — dijo ella, enérgica.

—A obtener su perdón — respondió Beson, suavemente —. En el jardín estaba usted tan linda que no me pude contener. ¿Me perdonará usted?

—¡Nunca! — respondió ella con severidad.

Unos ojos parecieron brillar de nuevo en un cuadro antiguo.

Beson, creyendo que había fantasmas, añadió:

—No me gusta el aspecto de ese lugar; voy a proteger a usted...

—Gracias, me basta a mí misma.

Y dirigiéndose con paso firme hacia una puerta desapareció por su hueco.

Llamando a sus compañeros, Beson dijo:

—Es necesario buscar á la baronesa. Barrunto que tendremos que habérnoslas con fantasmas. En los castillos medioevas todavía está el alma de lo antiguo. Voy a salvar a esa muchacha, así me cueste la vida de... vosotros.

Adoptaron un plan para registrar el castillo. "El Zurdo" y "El Pato" recorrerían una parte del mismo y Beson se encargaría del resto.

Este proyecto no fué del agrado de los dos camaradas de Beson.

—Aquí se puede perder la salud, Beson. Lo más acertado es marcharnos.

—Y si algo nos sucede ¿qué dirán mis primos? — repetía "El Pato".

—Nada nos ha de pasar... Pero hemos de encontrar a la baronesa donde sea...

Y más muertos que vivos, con un miedo que ahogaba sus corazones, los dos soldados subieron por una escalinata hacia las habitaciones superiores, mientras Beson continuaba sus investigaciones.

Todo se les antojaba fantasmal a los dos amigos...

Y sin embargo, era verdad: las armaduras adquirían movimiento, de vez en cuando sonaba un ruido sospechoso, se encendía misteriosamente una luz.

Con el alma empequeñecida "El Pato" y "El Zurdo" llegaron a una habitación cuyas paredes estaban cubiertas por armarios. Abrieron uno al azar y descubrieron una bella provisión de botellas de champagne.

—Esto nos salva, "Zurdo" — dijo el gordo —. A beber y a olvidar...

Y para acabar con el terrible miedo que les atenazaba optaron por meterse dentro del cuerpo algunas botellas... para ir más acompañados.

Después cuando hubieron bebido lo suficiente encontraron en otro armario cascós de general, decoraciones magníficas y se adornaron con ellos, ansiosos de parecer militares de alta graduación... Y el vino les hacía ver las cosas dobles.

Entretanto, Beson, en su afán loco de encontrar a la baronesa, había recorrido de nuevo el castillo sin hallar rastro de ella. Salió al jardín, un poético parque bañado de luna. Y en un balcón, como una castellana de tiempos antiguos encarcelada por el amor de algún terrible caballero, vió a la baronesa Clara.

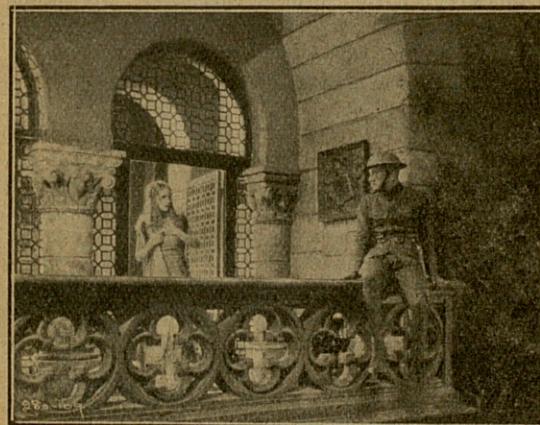
¡Criatura divina, besada ahora por la luna! El soldado se encaramó hacia el balcón y logró saltar a él, mientras la hermosa mujer quedaba inmóvil por el asombro.

—¿Por qué persiste usted en seguirme? — le dijo.
—Porque la amo.

—Usted es yanqui y yo soy alemana — respondió tristemente.

—¿Qué tiene que ver la nacionalidad con el amor? La guerra es pasajera, ha acabado ya, y el amor sólo lo acaba la muerte.

—¡Oh, no es posible... no es posible!..
—Sólo una pregunta, Clara... ¿Es usted soltera?
—Sí... y huérfana... Este castillo era de mi padre.



—¿Por qué persiste usted en seguirme?

Un sentimiento de felicidad invadió al joven. ¡Era soltera, libre! No tenía, pues, compromiso con nadie.

Pero desde el piso superior, un hombre con librea de criado cogiendo una piedra la arrojó sobre el balcón, yendo a caer a pocos pasos de Beson.

El sirviente desapareció rápidamente.

—Vámonos de aquí — dijo Beson —, que hay perdrisco... y no valen paraguas.

Y cogiendo en brazos a la baronesa marchó hacia el salón en dirección a la puerta de salida.

Dos armaduras, perdiendo su eterna inmovilidad, avanzaron impidiendo el paso de Beson y de la dama.

—¿Fantasmas ahora? — gritó el joven—. ¡Atrás! Y con su fusil comenzó a repartir golpes a diestro y siniestro que resonaban terriblemente en el salón.

La baronesa, en un rincón, parecía asustada... En sus ojos, en sus labios había una sonrisa de ironía. ¡Qué bien luchaba aquel mozo! ¡Y qué amable y campechano era!

El rumor de la lucha atrajo a "El Pato" y "El Zurdo" que, borrachos como cubas, con el pecho lleno de condecoraciones alemanas y sobre la cabeza cascós de guerrero teutón que habían pertenecido en otro tiempo al padre de la baronesa, quisieron también intervenir en ayuda de su compañero.

Beson era fuerte y sus amigos, aunque beodos, llevaban fusiles y pegaban recios culatazos.

Llegaron otros individuos armados, pero de todos dieron buena cuenta los tres soldados yanquis. Uno a uno fueron cayendo mientras se quejaban amargamente.

En tierra ya, Beson les arrancó las armaduras pretendiendo castigar nuevamente el atrevimiento de los supuestos fantasmas. Iba tal vez a rematarlos cuando la baronesa intervino conciliadora:

—No les haga usted daño. Son mis sirvientes... Yo tuve la culpa... Vi que ustedes entraban en el castillo y ordené que les asustaran para que se fuesen... No les hagan nada...

Los pobres criados, que habían recibido un palizón fenomenal, se fueron retirando lentamente, magullados por los golpes.

Beson celebró la estratagema de la baronesa.

—¿De modo que quería usted asustarnos? ¿No sabe usted que los americanos no conocemos el miedo?

